



RECONCILIACIONES

Para la reconciliación es indispensable la disolución de ETA y que la izquierda abertzale condene el terrorismo

EN «El País» del pasado jueves, se preguntaba Patxo Unzueta si será posible la reconciliación entre los vascos, trayendo a colación el caso de Joseba Sarrionandia, el escritor galardonado con el último premio Euskadi de Literatura, a quien el Gobierno Vasco ha retenido el importe de la dotación de dicho premio por hallarse dicho autor en situación de busca y captura. En 1980, Sarrionandia, miembro por entonces de los Comandos Autónomos Anticapitalistas, fue condenado a 22 años de prisión por el secuestro de un empresario vizcaíno. Ya en la cárcel, se integró en ETA. En 1985 huyó con otro etarra de la prisión de Martutene, ocultos en los altavoces de un conjunto musical. Antes de su detención, Sarrionandia —nacido en 1958— era uno de los más prometedores escritores en eusquera. Durante los veintiséis años transcurridos desde su fuga, ha seguido publicando desde la clandestinidad poemarios, narraciones, ensayos y artículos que han consolidado su renombre literario.

Unzueta recuerda que Sarrionandia se inició en la literatura, a mediados de los años setenta, en una revista dirigida por Bernardo Atxaga, en la que yo también participaba. Observa además

que, en épocas mucho más recientes, he expresado mi simpatía por el escritor huido y mi esperanza de poder conversar algún día con él, cara a cara. Es cierto. Creo que Sarrionandia es un poeta muy estimable y que, además, se alejó de la banda hace ya mucho tiempo. Como Unzueta subraya, sus contadas declaraciones públicas han mostrado, aun desde su ideología nacionalista, un sesgo muy distinto al de los planteamientos de ETA: una voluntad de comprender las razones del otro y de poner fin a la violencia terrorista y al enfrentamiento del nacionalismo vasco con el Estado. Creo que Sarrionandia, que no cometió delitos de sangre, debería beneficiarse de las máximas medidas posibles de gracia una vez se haya entregado él mismo a la justicia. Antes, no, por muy buen escritor y excelente persona que sea.

Me gustaría pensar, como Unzueta, que la reconciliación será posible, después de que ETA desaparezca y quienes la han apoyado acepten las reglas de la democracia constitucional. Si tal meta se alcanzara, me opondría a todo lo que implicase la perpetuación de un estigma sobre el sector de la población vasca que secundó —y aún secunda, no lo olvidemos— los designios de la organización terrorista. No quiero para mi país natal una cultura de vencedores y vencidos trasladable a futuras generaciones, como la que llegué a conocer y sufrir, desde el lado de los derrotados, en los tiempos del franquismo. Pero el fin del terrorismo no debe ser un cierre en falso, una estúpida declaración de paz entre dos bandos contendientes, porque en la democracia española no ha habido guerra alguna, sino un terror desatado y mantenido por ETA sobre una población pacífica. La banda debe disolverse sin poner condiciones, y la izquierda abertzale tiene que expresar clara y retrospectivamente su condena del terrorismo etarra, así como su decisión de acatar la ley. Va a ser difícil, porque el nacionalismo vasco, en su conjunto, apuesta por la impunidad y el olvido. Sin embargo, no desespero de poder abrazar, un día no muy lejano, a Joseba Sarrionandia.